

siguiendo a su Esposo, se prepara y establece ya el Reino de Dios destruyendo en el mundo la fuerza del mal, encaminándose hacia la verdad, la justicia y la paz como sacramento universal de la salvación.

### La fe y el sacramento de la Penitencia

Existe una conexión entre la fe y el perdón de los pecados. Jesús predicó la conversión y la fe en el Evangelio. Cristo mismo perdonaba los pecados de todos aquellos que acudían a Él. San Pablo exhorta al que cree en Jesús en su corazón y confiesa con sus labios que ha resucitado de entre los muertos que está ya salvado. La fe y el perdón son el fundamento por el cual el hombre pasa del pecado a la gracia haciéndose amigo de Dios.

El proceso de conversión es, sobre todo, un despertar de la fe y del amor a Dios que es nuestro Padre, es como abrir los ojos después de un letargo profundo – conversión de vida- y encontrarse por delante con toda las maravillas que Dios ha hecho incluyéndose uno mismo. La fe del penitente no puede basarse exclusivamente en conceptos, o una fe que sea un tanto individualista sino, más bien, como se ha referido anteriormente, debe ser una fe activa y eclesial, presente y comunitaria. Por esta fe, el pecador reconocerá y confesará humildemente su pecado comprometiéndose a luchar contra el mal y a seguir a Dios con la ayuda y la fuerza de los hermanos. He aquí la importancia de la dimensión comunitaria dentro del sacramento de la Penitencia.

Este enlace entre fe y sacramento debe también contar con otro aspecto importante, se trata de la Palabra de Dios, la lectura bíblica que actualiza en el presente esa llamada que Dios nos hace personal y comunitariamente a buscar la conversión, el volver a la

casa del Padre (Lc 15, 11-32).

### Relación existente entre Penitencia y Eucaristía

En las liturgias antiguas, los ritos del sacramento de la Penitencia concluían con la acogida por parte de la asamblea a los penitentes que, de nuevo, podían participar plenamente de la Eucaristía. Era un momento de gran fiesta para la comunidad reunida, que se alegraba por la vuelta de los pródigos, y por supuesto, lo era también para los penitentes, que libremente se sometían a las prácticas penitenciales y lloraban por sus pecados. En el momento de la reconciliación experimentaban, una vez más, las entrañas maternas de la Iglesia, que como el padre de la parábola, se alegraba infinitamente más por la oveja perdida que vuelve con salud, que no por los noventa y nueve justos que no necesitan convertirse.

Hemos remarcado que la conversión supone ser expresión de reconciliación con Dios y con la Iglesia. Por tanto, en el sacrificio sacramental de la Eucaristía se encuentra el perdón de los pecados. Cristo derramó su sangre para el perdón de los pecados. Por medio de la celebración de la Eucaristía, Dios concede a los participantes o fieles, la conversión del corazón. No olvidemos que al comienzo de la Eucaristía, de la celebración de la misa, el celebrante nos anima a reconocer humildemente nuestros pecados pidiendo perdón a Dios obteniendo así la reconciliación con Él y con nuestros hermanos. Pero todo esto nos hace caer en la cuenta de que para comulgar, para recibir dignamente al Señor en mi corazón, en mi interior, en mi vida, necesito estar bien dispuesto mediante la reconciliación sacramental.

